

Episodio 3: LA PARTIDA MORTAL DE INCIENSO

(Aoki Sanbo y el Fude Verde)

1. EL ORÁCULO

Las volutas de humo se elevaron y se extendieron hacia los lados como la garra abierta de un monstruo, cuyas uñas afiladas, serpentearan hacia el cielo.

Si aquello ya era extraño en el fino humo de una pastilla de incienso, lo que vino después, confirmó a la miko, que de nuevo, estaba siendo testigo de algo más que de las formas caprichosas de un remolino de viento.

Lo que se había asemejado a los dedos de las garras comenzó a transformarse en cuatro pequeñas formas humanoides de tizne gris; tres de ellas en semicírculo; y el oponible, una figura aislada, enfrentada a las demás. Desde el centro de la escena, comenzó a elevarse una finísima columna de humo oscuro. Las garras-personas parecieron inclinarse hacia él con devoción, hasta que uno de ellos parpadeó como una vela mortecina y se extinguió como arrancado por un sopro mortal. Después de eso, el caos se apoderó de la garra desdibujando la escena en tirabuzones de humo.

Hacía tanto que no había visto nada en el incienso. No recordaba lo fascinante que era.

Ume Inoue levantó la vista del incensario al sonido de unas sandalias lejanas. Más allá del torii, vio a la gran sacerdotisa del templo subir las escaleras que llevaban al patio de trabajo. Ume masculló fastidiada por la interrupción. Se inclinó inmediatamente para soplar sobre la barrita de incienso, pero un nuevo pulso en las volutas la detuvo, pensaba que la visión había terminado. ¿Quería el humo enseñarle algo más? Miró a la sacerdotisa, atravesando el patio, sorteando las mesitas de las otras miko, dando pequeños pasos, con decisión. Miró de nuevo a las formas humeantes con apremio silencioso: aún podía apagar el humo antes de que la viera pero...

Ume exhaló resignada. De todas formas, la sacerdotisa iba a reprenderla por estar allí.

Observó las volutas de humo dispersas intentando no perderse detalle: estas se unieron en una gran forma y se alzaron dibujando a una de las pequeñas personas que había visto antes, solo que esta vez era más grande y le resultaba familiar. Pareció levantar algo del suelo, una tabla o algo alargado. Luego lo soltó y desapareció.

El humo del incienso se disipó bailando con la brisa del patio en cuanto la gran sacerdotisa se plantó a medio metro de distancia de ella. Ume sopló sobre la pastilla y la apagó.



Su tía la miró desde arriba con los brazos cruzados sobre el pecho y media sonrisa apretada.

—Si la mitad de tiempo que profesas a la observación del incienso, lo dedicaras a tus obligaciones, pronto podrías ser mi ayudante en algo más que el cuidado de este santuario.

Ume se sacudió las manos del polvo de ceniza y se levantó con la cabeza gacha pero con los labios apretados.

Los santuarios sintoístas repudiaban el incienso, al contrario que los templos budistas, pero ellas, por motivos que Ume no llegaba a entender, lo fabricaban. No podían encenderlo más que para las pruebas y en el patio de trabajo, claro. En el recinto principal estaba prohibido.

Ume tuvo ganas de decirle que no había huido de Kioto hacía cinco años para eso, pero calló. Su tía continuó.

—Es muy engreído por tu parte que creas que puedas tener el don del oráculo, ya te lo he dicho.

En eso tenía razón en parte.

—Disculpa mi falta de humildad, Sadako-san —le contestó apelando a la familiaridad para que dejara de lado aquel tema.

La gran sacerdotisa curvó sus labios en una sonrisa magnánima.

—Ven conmigo, Ume-chan —le dijo mientras empezaba a caminar de vuelta por el patio.

La miko la siguió hasta que se puso a su lado, un pie por detrás de ella. Viendo que su tía no llevaba el kaori de trabajo sobre la falda roja pero sí, un kosode de viaje, supo de antemano lo que iba a decirle. Salieron del patio bajo el arco del Torii repleto de amuletos protectores y se internaron por el camino que llevaba al edificio principal.

Ume sintió el habitual escalofrío en cuanto entró en terreno sagrado. Le ocurría cada vez que llevaba horas, alejada del edificio central. Fuera, la presencia del kami era apenas apreciable. En cambio, cada vez que se acercaba al corazón del santuario, volvía a sentir aquella fuerza que vivía allí, protegiéndolas a ellas y a la región.

Se detuvieron frente al pabellón de las abluciones: Una pequeña construcción de techo de dos aguas de teja roja, curvado en sus extremos, con un alargado depósito de agua debajo. Una miko estaba pescando las impurezas del agua con una red. Sadako la despachó con unos movimientos de dedos. Está se inclinó hacia la gran sacerdotisa y luego hacia ella y se marchó a paso rápido.

—Solo voy a estar fuera un par de días —le dijo su tía —.Es principios de otoño y el vendedor ambulante debe haber llegado.



El vendedor ambulante de nuevo. Su tía salía de vez en cuando a comprar materiales según los necesitaban para el negocio del incienso, pero desde que Ume había llegado a aquel santuario, no había año que Sadako no acudiera a encontrarlo. Su tía continuó:

—Tengo un par de ideas para nuevos aromas y necesito madera de ciruelo. Con esto podríamos... mejorar mucho nuestra posición, Ume-chan.

Ume asintió forzando una sonrisa. La misma historia de siempre. De qué les iba a servir enriquecerse con el incienso si no podían llevar una vida de riquezas al cuidado del Santuario.

—Ya sabes cuál es tu obligación —continuó Sadako.

—Cuidaré del Objeto Sagrado, tía —contestó ella de carrerilla.

—Y nada de intentos de oráculo. Y no hace falta que te recuerde que no puedes dejar que nadie entre dentro recinto sagrado. Ni siquiera tú. En mi ausencia eres la responsable del Santuario y debes cumplir honorablemente con tus deberes.

Ume inclinó la cabeza respetuosamente. Se preguntó si al no estar su tía y ella adquirir los derechos como máxima competencia, en realidad sí podría echar un vistazo al Objeto Sagrado. Sintió un deseo creciente como cada vez que pensaba en ello. Nadie más allí, excepto Sadako, la Gran Sacerdotisa, lo había visto.

En parte, era lógico, pensó Ume Inoue, porque allí dentro, vivía el kami protector del Santuario y de la región, y nadie, ni siquiera la Gran Sacerdotisa, tenía permitido tocarlo. Algún día, quizás, como gran sacerdotisa, podría hacerlo.

Ume apartó aquella ambición lejana de su pensamiento. Se despidió de su tía y volvió a sus obligaciones.

2. UN MAL CHI

Aoki miró al fantasma con aspecto de viejo peregrino en el recodo del camino. Bajó la naginata y exhaló algo aliviado. Desde que viajaba con Ling Su, se había descubierto prestando más atención a las apariciones del camino y no sólo porque éstas fueran el sustento de su amiga. Nunca había tenido que velar por seguridad de nadie más que de él mismo y que su acompañante fuera un espíritu, no aliviaba ese estrés.

Le hizo una seña a Ling Su en dirección al fantasma pero ella se apresuró a negar rápidamente con la cabeza.

Aoki tiró de su coleta con desesperación.

—No hay tiempo, Chen —le dijo hablando entre dientes intentando no gritarle.



—Me da grima —contestó la chiang-shish con una mueca.

Aoki gruñó, pero toda la frustración que sentía se desvaneció cuando de repente vio que el cuerpo de su amiga parpadeaba como la llama de un farolillo.

Ambos se miraron sin respirar.

Hacía ya varios días desde Chen que se había apoderado del chi del último espíritu del camino y luna tras luna, había empezado a ganar transparencia ante sus ojos. Ahora parecía que fuera a desvanecerse en cualquier momento.

Cuando parpadeaba, desaparecía por momentos. Temían que en algún momento, lo hiciera para siempre.

Y Aoki le había prometido que la ayudaría recuperar su cuerpo. Se lo debía porque por su culpa había caído en aquel estado.

Así que Ling Su debía absorber aquel chi porque su amiga, ahora comía almas de muertos.

La miró con impaciencia.

Ling Su Chen exhaló y camino junto al yamabushi en dirección al espectro.

—Te lo advierto, Sanbo. Tiene un color extraño.

—Ahora mismo, no podemos permitirnos lujos, Chen. Toma a este y ya buscaremos otro con mejor sabor.

—Color —le corrigió levantando un dedo.

El yamabushi no sabía qué es lo que ella podía estar viendo en ese espíritu que la echaba hacia atrás. Era el tercero que rechazaba y él no había visto nada en particular en ninguno. La mayoría de ellos cuando no eran medio evanescentes, tan solo brillaban levemente por los bordes. Algunos, ni siquiera parecían fantasmas. Estaban tan enteros, al menos en apariencia, como Ling Su cuando había comido.

El fantasma los observó durante todo el trayecto. No se había movido de la curva del camino y tenía la cabeza gacha en la sombra bajo el sombrero de paja. Aoki asumió que la estaticidad del espíritu era debido a aquel extraño poder que tenía para atraer fantasmas.

Para muestra, Ling Su.

La aparición levantó la vista cuando llegaron hasta él y los miró con unos ojos blancos que parecían flotarle en unas cuencas profundas y negras. Era un hombre de edad muy avanzada. A todas luces, debía haber muerto por causas naturales.

—¡Vamos, Chen! —le dijo con prisas.

—Deberíamos hablar un poco con él, antes, por lo menos —contestó ella con los brazos en jarra, observando al espectro junto a Aoki



Aoki la miró por encima del hombro frustrado y bufó pero sabía que si discutía perderían más tiempo.

—Qué hace aún por este mundo, peregrino.

Ling Su lo miró rodando los ojos..

—Por todos los kami... ¿Eso es todo lo que se te ocurre? —preguntó Ling Su incrédula con un atisbo jocoso.

Aoki no pudo contestarle porque el espectro esbozó una sonrisa y los dos amigos dieron un paso hacia atrás al mismo tiempo. Aoki había visto bocas con pocos dientes pero ninguna como esa. Aunque lo peor no era la falta de dientes, si no su aliento helado.

—Ay, muchacha —dijo el espectro con una voz rasgada— No encuentro el camino. Quizás podrías enseñarme el camino para ver el reino de Amida.

—¿Cómo se llama, venerable abuelo? —preguntó Ling Su con una ceja levantada.

—Ebisu Toyama —le dijo asintiendo varias veces.

—No se preocupe Sr. Ebisu —contestó Aoki animado, cogiendo a Ling Su para plantarla frente al espectro —mi amiga le puede ayudar con esto.

No pudo ver su rostro, pero se la imaginaba frunciendo el ceño y sonrió para sí.

Se puso a un lado para dejarla hacer.

Esta vez, Ling Su volvió a poner los ojos en blanco pero debido un motivo muy diferente. Elevó la barbilla, abrió la boca y levantó una mano en dirección al espíritu.

—Yo solo quería que quemaran incienso frente a mi tumba al morir. ¿Era tanto pedir? —dijo el espíritu antes de convertirse en una fina sombra deformada y alargada para acabar en la boca de Ling Su. La silueta del hombre se deformó hasta que cupo entre los labios de la Chiang-shish.

Cuando hubo terminado con él, cerró la boca y miró a Aoki.

Éste sonrió pero ella no le devolvió la sonrisa.

En lugar de eso, Ling Su se dobló sobre su estómago en una mueca que puso los pelos de punta a Aoki. Dio un paso hasta ella, pero la chica levantó una mano para que no se acercara.

—¡Qué te pasa, Chen! —gritó, confundido.

—Es... Es el espíritu. Tiene algo... —dijo llevándose las manos a la cara.

Para horror de Aoki, el rostro, el cuerpo, la ropa de Ling Su empezó a transparentar tanto que podía ver la arboleda a través de ella.

De pronto, paró y el proceso pareció invertirse. La Chiang-shish comenzó a tomar forma y color.

Sólo que uno que no era el suyo.



Ling Su se transformó ante sus ojos, en el viejo desdentado de kimono desgastado y sombrero de paja. También de pies peludos y huesudos, Ebisu Toyama.

Pasaron unos segundos antes de que Aoki se animara a preguntar a su amiga. Sentía la garganta seca

— ¿Ling Su? —le preguntó con cautela.

Aoki llevaba un buen rato siguiendo a Ling Su o más bien a su amiga Ling Su poseída por el viejo desdentado, Ebisu, entre las calles del pueblo de Shinomuya. Resultaba extraño ver a aquel hombre de edad tan avanzada haciendo aspavientos con una energía tan inusitada.

— ¡Dónde está el cementerio de este condenado pueblo! —gritó por enésima Ebisu.

— ¿Sabes? Hablas como un viejo marinero —puntualizó Aoki desde atrás.

Ebisu se detuvo en seco y se giró clavando la vista en sus ojos. Caminó deprisa hacia él revolviendo las solapas de su yukata con cada zancada.

Aoki levantó la naginata, apuntándola hacia lo que se supone que era su amiga, intentando esconder una sonrisa.

—Soy —dijo Ebisu remarcando la primera palabra —un pescador de truchas. ¡Es, es un pescador de truchas!;Te lo advertí, Sanbo! —le dijo Ebisu apartando la naginata y señalándole —este hombre tenía algo. ¡Es su deseo no cumplido! ¡He absorbido su *omoi*!

Aoki levantó la mano como si fuera a decir algo, pero señaló un camino entre dos casas y se adentró en él dejando a Chen detrás.

— ¡A dónde vas! —le preguntó Ebisu

—Tan solo quería que prendieran incienso frente a su tumba, Chen —le contestó Aoki caminando tranquilamente —Estás haciendo un mar de esto.

— ¡No vuelvas a nombrar ni mar ni peces! —gritó Ebisu sin moverse de la calle principal — ¡A dónde vas, Sanbo!

—El cementerio está por aquí, Chen.

Shinomuya era un pueblo mucho mayor que Moegi-no-Mura pero seguía siendo un pueblo de pequeñas dimensiones. Constaba de un núcleo de casas ordenadas que debía haber sido el enclave principal; después las casas se habían construido de una forma más o menos caótica en el valle hasta la falda de dos laderas. Ellos habían llegado a la falda de la ladera norte; una elevación poco pronunciada coronada por un modesto templo. A los pies de este, encontraron el cementerio de Shinomuya. Abrieron una cancela que los condujo a un camino de hierbajos



entre las tumbas. De la misma manera que el pueblo, el cementerio parecía constar de dos partes; una claramente antigua con lápidas tan mohosas que los nombres eran casi ilegibles y otra nueva, cercana al templo. Ebisu guió a Aoki por aquella zona hasta que se detuvo frente a una lápida de roca clara.

—Es esta —dijo el viejo—. ¡Date prisa!

—Está bien. Voy a por incienso al templo y vuelvo enseguida.

Ebisu le miró con el ceño fruncido.

—¡Vuelvo enseguida, Chen!

Aoki cruzó el campo santo hacia la entrada del templo. Junto a la entrada, encontró a un monje barriendo las escaleras y le pidió incienso para orar.

El monje dejó de barrer y le miró con los ojos muy abiertos. La escoba temblaba en su mano. Después, pareció recobrar la compostura.

—Se nota que es usted de fuera —le dijo dando un par de golpes a la escoba contra el suelo—. Aquí no tenemos incienso.

Aoki le miró extrañado. ¿Un templo sin incienso? Buscó junto a las escaleras a la entrada, donde debía encontrarse un incensario, pero allí no había nada más que hojas caídas. En verdad, el templo era muy modesto pero era impensable que fuera tan pobre que no pudiera ni permitirse una simple barrita de soku-ko, el incienso más barato para rezar por sus muertos. Los fieles mismos lo hubieran traído. Todo el mundo tenía incienso.

Eso le recordó que él bien podría llevar una pastilla en su fardo.

Decidió dejar al monje, que claramente debía de tener alguna barra de ko pero se negaba a compartirla con él por ser forastero.

Hizo una inclinación de cabeza al monje y volvió con Ling Su. Ebisu que se había sentado sobre su propia lápida y miraba el interior de una pequeña botella de sake puesta como ofrenda, se levantó de un saltó en cuando lo vio.

Aoki rezó un Sutra a Amida entre dientes mientras buscaba en su fardo para que allí dentro encontrara a una pastilla. Solo para no volver a oír a Chen.

Su mano rozó una pastilla arcillosa.

—Estás salvada —le dijo enseñándosela con media sonrisa.

Ebisu se la quitó de las manos y la puso sobre la lápida.

—Más vale que funcione, yamabushi. No quiero quedarme con este cuerpo por toda la eternidad.



Ling Su se colocó al otro lado de la lápida con las manos en el pecho. Aoki hizo lo mismo frente a la tumba. Prendió el incienso y cerró los ojos para rezar un Sutra por el alma de Ebisu.

—Namu-Amida-Butsu...

Aoki tan apenas pudo terminar la primera repetición, cuando un viento repentino entre los cedros le puso en alerta y abrió los ojos. Miró a Ebisu que parecía apurado oteando a su alrededor.

A lo lejos, comenzó a oírse una voz que parecía navegar entre las tumbas en su dirección. Aoki se giró hacia la fuente del sonido con su naginata, pero una sombra se echó sobre él por el lado contrario.

Era el monje del templo y no se precipitaba sobre él, si no sobre la pastilla de incienso. Desconcertado, Aoki vio como el monje la lanzaba contra el suelo y la pisoteó hasta que solo fue polvo entre la tierra.

— ¡Forasteros insensatos! —gritó. Después echó una mirada a Ebisu y ahogó un grito de terror.

Dio unos pasos hacia atrás balbuceando.

—Que Amida nos proteja. Yo te enterré, Ebisu.

El monje se lanzó al suelo y se postró rezando, frotando sus manos con desesperación.

Aoki lo ayudó a levantarse del suelo y trató de calmarlo... Inventando una media verdad.

—Tranquilo buen bonzo —le dijo—. Me he encontrado a este alma en pena, Ebisu, por los caminos y me he decidido a ayudarla. Soy un yamabushi. Solo necesito prender incienso para cumplir su voluntad y que el bueno de Ebisu pueda presentarse ante buda.

El monje lo miró desde el suelo.

—Usted no conocía a Ebisu ¿verdad? —le preguntó levantando una ceja—. En fin, usted verá—. El monje se levantó del suelo y se sacudió el polvo—, pero es más probable que nos coma un *oni* que Ebisu encuentre el descanso.

Aoki miró a Ebisu que sonreía inocente con los labios apretados.

—No parece tan mala persona...

—No se trata de eso, aunque cierto es que no seguía vida alejada de las pasiones...

El monje se agachó y recogió del suelo el resto del incienso machacado. Se metió un puñado de tierra con polvo negro en algún bolsillo escondido entre sus mangas.

—Este pueblo está maldito por un *gaki*, yamabushi. —le dijo clavándole la mirada de nuevo—. Tenemos un *jiki-ko-ki*.



Aoki repasó mentalmente los emaki Satori que había leído en el templo de Kurama sobre los treinta y seis clases de gaki documentados. “El Jiki-ko-ki, el espíritu que se alimenta del humo del incienso” se dijo recordándolo.

Aoki carraspeó y miró a Ebisu que lo observaba de vuelta con los brazos en jarra y el ceño completamente hundido entre sus ojos. Había que admitir que el viejo fue muy feo en vida.

Éste vocalizó sin emitir sonido alguno enseñando la boca casi carente de dientes.

De ella pudo leer un “Te lo dije” mudo.

Definitivamente, aquello no iba a ser tan fácil como esperaba. Se apoyó con la espalda en un árbol para escuchar al bonzo, mientras trataba de ignorar las muecas de Chen.

-----Continuará en Fast Fiction Penny,

